

“... TODAS LAS CUESTIONES LIBERTARIAS NO SE DARÍAN SIN LA MUJER...”

Movimientos sociales de comunidades negras en el Pacífico colombiano y perspectiva de género¹

*Leonardo Montenegro M**

A Juanita Barreto Gama

“...los hombres han definido, los hombres han decidido en la historia de la humanidad, pero las mujeres somos la parte operativa de la humanidad, nosotras somos las ejecutoras [...] la mujer del Pacífico tradicionalmente es la parte operativa de todo. Pero cuando hablamos de la mujer del Pacífico, como mujer organizada no está en los primeros espacios de decisión, pues hay una que otra mujer que está en esos espacios, pero hablando de equidad el porcentaje de mujeres es mínimo...”²

HACIA UNA PROPUESTA DE TRABAJO EN EL PACÍFICO³

Debo comenzar esbozando algunos puntos sobre el estado de la investigación antropológica en el Pacífico, relacionada con

¹ Este artículo se enmarca dentro del trabajo llevado a cabo por el ICANH sobre movimientos sociales, actores no gubernamentales y Estado, siendo estos parte importante de los procesos de redefinición de las experiencias políticas, territoriales e identitarias de las poblaciones negras del Pacífico colombiano (Pardo 1997).

* Antropólogo. Profesor Departamentos de Trabajo Social y Antropología, Universidad Nacional de Colombia.

² Entrevista con Rosita Solís, Agosto 4 de 1999 -Buenaventura-.

³ Debo agradecer las correcciones y aportes de María Angélica Ospina.

la perspectiva de género y mujer, como una forma de identificar puntos que permitan desarrollar nuevas propuestas de trabajo sobre este tema en la región.

Colombia ha sido reconocido como uno de los países con mayor diversidad biológica y cultural del mundo, dentro de lo cual existen e interactúan diferentes estructuras económicas, demográficas, étnicas y políticas. Es así como una de las zonas con mayor biodiversidad y riqueza cultural del país se encuentra localizada en el litoral Pacífico, donde cohabitan diferentes grupos socioculturales que mantienen una interacción permanente entre ellos y con el medio ambiente. El Pacífico colombiano es, además, una región en la cual confluyen intereses globales, nacionales, regionales y locales de todo tipo, y donde las nuevas políticas para el desarrollo, el medio ambiente y la diversidad cultural, nos sitúan frente a un creciente interés por ella en virtud de su biodiversidad y su multietnicidad (Escobar y Pedrosa, 1996). Los procesos organizativos adelantados por sus habitantes y el reconocimiento constitucional y legal de sus derechos territoriales y étnicos, han originado numerosos proyectos de investigación en esta zona. Muchos de ellos han estado orientados a identificar los rasgos “culturales y étnicos” que hacen de los asentamientos de población negra “comunidades”⁴ con identidades particulares.

El marco jurídico y político en el cual se ha visto desarrollada esta actividad investigativa (de diferente orden: biológica, política, antropológica) es la Constitución Política de 1991, en la

⁴ Utilizo el término “comunidades” como el agrupamiento de una o más parentelas en caseríos, y se entiende como la agrupación necesaria para acceder a los servicios del Estado, y el término “comunidades negras” en la medida que estas se reconocen como tales en sus documentos y pronunciamientos frente al Estado y este las ha reconocido de esta forma en las diferentes leyes que tienen que ver con estos grupos humanos (art. Transitorio 55, Ley 70 y otras: Fundación La Minga, s.f.). Hay una discusión sobre la pertinencia o no de la utilización de estos términos (Restrepo 1998, 1999) pero considero que aunque es una discusión de carácter académico y político de importancia este no es el espacio para discutirlo, así que utilizo los términos presentes en las leyes, que por otra parte corresponden a las designaciones utilizadas por las personas con que trabajé sobre ellos mismos.

cual se reconoce, se valora y se protege la diversidad étnica y cultural (Restrepo, 1998; Sánchez et al, 1993). En el caso de las comunidades negras del Pacífico, se pasa así de una “invisibilidad” tanto académica como política (Friedemann, 1984; Friedemann y Arocha, 1986; Arocha, 1998) y de un proceso de explotación económica en la región, basado primordialmente en el extractivismo, a unas políticas de replanteamiento de la relación entre grupos humanos y naturaleza, donde se comienzan a promulgar estrategias de conservación y acciones dirigidas hacia el manejo de recursos naturales (Ecofondo, 1995; Ulloa et al, 1996; Minambiente, 1996; Camacho, 1997). De esta forma vemos cómo esta zona pasa a ser el foco de interés tanto de investigadores académicos como de políticas de estado para el “desarrollo” (Arocha, 1999; Escobar y Pedrosa, 1996; Restrepo, 1998; Wade, 1996), vinculando la región a los procesos de globalización y transnacionalización; confluyendo con procesos de concientización ambiental al mismo tiempo que la importancia de lo biológico llama poderosamente los intereses del gran capital (Escobar y Pedrosa, 1996).

Asistimos de igual forma al reconocimiento de lo pluricultural y lo multiétnico, de formas alternativas de manejo y conservación del medio ambiente consideradas como tradicionales. Es de anotar que en la Ley 70 de 1993 se ven reflejadas las contradicciones de la política estatal, pues, por un lado, reconoce la diversidad cultural, la autonomía de las comunidades y sus prácticas tradicionales, y por el otro, las amarra a los intereses conservacionistas del Estado, que invalida sus derechos territoriales sobre áreas que son consideradas parques nacionales o de interés para la Nación. Situación paradójica cuando uno de los antecedentes más importantes de esta ley -por ejemplo- fue la lucha que dieron las comunidades negras agrupadas en la Asociación Campesina Integral del Atrato, ACIA, en la defensa de sus bosques, cuando se pretendía otorgar un permiso sobre el área del Medio Atrato a la empresa Maderas del Darién (Ecofondo, 1995; Minambiente, 1996).

La articulación de la Carta Magna se basó en el poco conocimiento antropológico que se tenía de los grupos negros del Pacífico, aunado a la presencia de los representantes de algunas organizaciones negras que en su mayoría pertenecían a esta región del país, teniendo como resultado que lo consignado y expresado en la Ley 70 hace referencia a una cultura que se supone de “comunidades negras”, intentando reivindicar la diversidad étnica al mismo tiempo que de alguna forma se niega al referirse a esta supuesta comunidad como un todo homogéneo en el país (Arocha, 1998; Restrepo, 1998).

Desde otro ángulo, el gobierno en sus tres últimas administraciones ha propuesto proyectos a diferente escala para esta región, al mismo tiempo que la prensa nos remite información acerca de su diversidad biológica y su potencial económico sin tener casi en cuenta a sus habitantes sobre los que, por otra parte, se han volcado graves problemas de nuestra sociedad como la violencia política, que se expresa en la zona por la presencia de tres grupos guerrilleros (Pardo, 1997) y por supuesto la aparición de los paramilitares, no tanto como respuesta a la posible influencia de los grupos subversivos, sino en tanto que resguardo de las maquinarias y procesos necesarios para la explotación del oro.

En este contexto, las comunidades tanto negras como indígenas han asumido la defensa de la región como la reivindicación de su cultura y su sociedad (culturas y sociedades), en forma de movimientos sociales (Pardo, 1997; Escobar y Pedrosa, 1996; Escobar et al, 1998) en los que el tema biológico tiene un peso fundamental, “en virtud del papel crucial que juegan en relación con la biodiversidad mundial, es decir, con la permanencia misma de la vida sobre el planeta” (Escobar y Pedrosa, 1996:9). Esto significa, por un lado, la visión del Pacífico como punto estratégico del desarrollo del país, como fuente de recursos naturales, lo cual implica cambios políticos y económicos que aún no han sido adecuadamente valorados e interpretados (Escobar y Pedrosa, 1996).

Estos movimientos sociales de los habitantes del Pacífico deben hacer frente a las fuerzas del capitalismo, representadas por el discurso del desarrollo, con una alta capacidad de organización que les permita transformar o resistir estos procesos, con miras a salvaguardar su existencia y la de su región, al mismo tiempo que representan nacimientos de una nueva identidad colectiva (Escobar y Pedrosa, 1996; Restrepo, 1998).

Este proceso ha presentado dos aspectos: las prácticas “esenciales”⁵ han permitido la construcción de estas identidades a través de una construcción de lo político y, por otro lado, la “búsqueda de alternativas socio-económicas [sic.], cultural y ecológicamente apropiadas y sostenibles, aparecen como instancias articuladoras de importancia” (Escobar y Pedrosa, 1996: 21) para la supervivencia de las mismas comunidades. Sobre este proceso existen diferentes investigaciones, pero son pocas las que han vuelto la mirada sobre las particularidades locales y regionales de las relaciones de género en el Pacífico colombiano, y aún menos las que han tenido en cuenta esta variable en el caso de los movimientos sociales.

Podemos decir que los estudios sobre las mujeres, y más específicamente los de género, tienen una historia en las ciencias sociales del país de no más de tres décadas. Sin embargo, en relación con la masa de estudios que se llevan a cabo en el país, los estudios de género son una minoría, lo cual implica que aun cuando hay en este momento un cierto reconocimiento de su importancia y validez, no es un campo muy fructífero dada la poca importancia que se le brinda (Camacho, 1997; López, 1997).

En el caso concreto de estudios centrados en mujeres negras, las referencias muestran una concentración en el ámbito

⁵ Con prácticas “esenciales” me refiero a aquellas manifestaciones que nos dicen que ser negro o indio, etc., significa poseer tales o cuales rasgos, que implica una identidad fija, en cierta forma estereotipada y que parcializa a las personas como integrantes de grupos cerrados y autónomos (Escobar y Pedrosa 1996; Wade 1996).

de los estudios de parentesco y familia (Camacho, 1997; Gutiérrez, 1997; Perea, 1986; Motta, 1994), aunque recientemente en algunos se presenta una conjunción entre las variables etnia-género, una mirada que se debe desarrollar (Friedemann y Espinosa, 1993; Rojas, 1996; Lozano, 1996). Otra perspectiva que toma fuerza es la de la relación mujer-desarrollo (Lozano, 1996; Rojas, 1996), y una última sería la de mujer-territorio en la cual, para el caso de las mujeres negras y desde una perspectiva de género, no hay muchos trabajos (Camacho, 1997, 1999), aunque uno de los centros de interés es el territorio, relacionado con etnicidad e identidad y no con género (Oslender, 1999; Restrepo, 1999).

También encontramos trabajos como los realizados en forma pionera por Nina de Friedemann y Jaime Arocha, quienes abrieron espacios de discusión y de investigación en momentos en que nadie ponía sus ojos en la región y en su gente. Por otra parte, están los trabajos recientes de Arturo Escobar, Eduardo Restrepo, Peter Wade y Mauricio Pardo, algunos de los nombres más destacados en la llamada Antropología de la Modernidad, desde la cual se analizan principalmente los discursos y prácticas del desarrollo que son agenciados desde el gobierno (Plaidecop, Plan Pacífico, Proyecto Biopacífico⁶), al mismo tiempo que se preguntan por el movimiento organizativo y por la presencia de capital en esta región. Es así como observo dos elementos fundamentales de racionalidad, reflejados en los proyectos políticos que se “construyen” alrededor del Pacífico: la noción de *biodiversidad*, y lo *cultural*, que adquiere una especial relevancia en lo que Escobar ha denominado “políticas de la cultura” (1997, 1998).

Desde el Instituto Colombiano de Antropología⁷ se ha venido desarrollando una fuerte labor investigativa, teniendo como eje el Pacífico colombiano; así lo muestran los antropólogos Eduardo Restrepo (1998), quien toma el surgimiento de la etnicidad en tanto estrategia organizativa, y Mauricio Pardo (1997) con sus

⁶ DNP, 1983, 1995; GEF-PNUD, 1993.

⁷ Ahora Instituto Colombiano de Antropología e Historia -ICANH-

trabajos sobre movimientos sociales y su relación con el Estado. También debemos señalar las investigaciones realizadas por el proyecto Cidse-Orstom de la Universidad del Valle, referentes a las dinámicas de movilidad poblacional y a las prácticas de las poblaciones de origen afrocolombiano en la ciudad de Cali. También vale la pena rescatar los trabajos que se han presentado desde el mismo ICAN, el proyecto Cidse-Orstom y Fundación La Minga sobre el territorio, la espacialidad y la identidad relacionada con los dos anteriores. En el caso de trabajos de género, especialmente enmarcados en la problemática de las mujeres, estos son muy aislados y se encuentran más como parte de programas de apoyo a procesos productivos (Lozano, 1996) o como parte de intereses muy focalizados de algunas ONG como es el caso de Natura (Camacho, 1997, 1999), centrados en los procesos de apropiación de la tierra por parte de las mujeres.

Trabajos como los de Patricia Vargas en la zona del Pacífico (1999a, 1999b), evidencian la existencia de espacios de uso común entre comunidades vecinas en lo que se ha llamado “fronteras fluidas” (Vargas, 1999b), y han resaltado el contexto socio político donde las organizaciones de las comunidades buscan “...defender sus derechos como grupos étnicos y tener ingerencia [sic.] en las políticas, planes y proyectos que se desarrollan en su territorio” (Vargas, 1999b: 144). Esto se ha visto respaldado por la Constitución de 1991 y asegurado con las leyes 70 y 99 de 1993. Es de lamentar que Vargas en sus propuestas no ha tenido una perspectiva de género que considero en este caso fundamental.

También debo mencionar los trabajos de William Villa sobre *territorio* (carentes también de una visión de género), en los que plantea cómo los territorios del Pacífico se perciben actualmente como espacios cerrados o semiabiertos, en la medida en que no se pueden compartir debido a que la oferta ambiental ha disminuido, hecho a tener en cuenta, pues tiene que ver con las relaciones sociales entre los grupos y con la legalización de la propiedad de territorios colectivos

de comunidades negras y la titulación de los resguardos indígenas (Villa, 1994, 1998), conflicto especialmente grave en zonas como el río San Juan en que las comunidades negras están intercaladas con las comunidades indígenas en un mismo territorio.

La situación específica de las comunidades de esta región, así como los procesos políticos y los movimientos de capital que allí se llevan y la conformación de nuevas identidades (Escobar y Pedrosa, 1996; Wade, 1996; Restrepo, 1998; Pardo, 1997), conducen al desarrollo de un nuevo enfoque desde la antropología. Ya que mi preocupación central se dirige a las relaciones de género que se presentan en estas comunidades, quisiera proponer una mirada desde lo que se podría llamar una antropología con perspectiva de género que se complementa, dadas las particularidades de la problemática de la zona, con lo que se ha denominado como *geografía del género* (Moore, 1991; Sabaté et al, 1995). Un trabajo de este tipo permitiría iniciar un proceso de comparación de los diferentes procesos organizativos, territoriales e identitarios a escala regional desde una perspectiva de género.

Siguiendo lo anterior, vemos cómo los procesos de titulación colectiva (por ejemplo), hacia lo cual los movimientos organizativos étnicos enfocan sus esfuerzos, están enmarcados en una “participación” ficticia, en la que integrantes de las comunidades como las mujeres quedan fuera de la toma de decisiones, además de que estos procesos no tienen en cuenta particularidades del manejo del territorio y de sus formas ancestrales de apropiación (Andrade y Santamaría, 1998-1999). Ligado a esto, el análisis de las relaciones de género es fundamental para entender los manejos y usos del territorio, ya que incide en los imaginarios que orientan las reivindicaciones de los Consejos Comunitarios, que a su vez afectan la participación comunitaria de éstos. Así mismo, es de vital importancia entender estos procesos y lograr dar piso a la instrumentación política de la etnicidad a escalas nacional, regional y local. “Es importante estudiar cómo las relaciones de género y las activi-

dades que comportan constituyen y modifican el entorno. El medio geográfico es visto, desde esta perspectiva, como un conjunto históricamente mutable de formas y estructuras que ha sido incesantemente alterado por las actividades de hombres y mujeres, alteradas también en el espacio y en el tiempo” (Sabaté et al, 1995:41).

La realización de estudios de este tipo, desde una propuesta que se acoja a las herramientas teóricas de la antropología feminista y la geografía de género, permitiría entender las diferencias locales de género y de comportamiento e intereses de los diferentes actores sociales al seno de una comunidad, lo cual a su vez conduciría a un mayor conocimiento y comprensión de los diferentes procesos regionales, al tiempo que se aportaría al conocimiento que tienen las comunidades de su propia experiencia.

Considero importante, entonces, implementar estudios sobre cómo las relaciones de género y las actividades que comportan constituyen y modifican el entorno, entendido éste como el medio geográfico en que se desenvuelve una determinada comunidad en el transcurso de su vida cotidiana. Yo lo concibo como un espacio que ha sido alterado en el devenir de una población por las actividades de sus diferentes integrantes, sin el cual no podemos tener una visión tan acertada sobre los procesos de los movimientos sociales. Como dichas actividades son formas de comportamiento específicas que constituyen los roles sociales asignados a hombres y mujeres, que implican a su vez unas determinadas relaciones sociales de género, propongo aquí dos ejes conceptuales claves desde donde podemos acercarnos a la realidad que nos interesa: *género y territorio*.

En la vida real estos dos elementos están interrelacionados de tal forma que no es posible dividirlos, en la medida en que el género permea una relación que se establece en algún sentido con el territorio, permitiendo una apropiación particular de éste por parte de los individuos,

sean hombres o mujeres, además de ser caracterizado como un espacio femenino o masculino. Pero para mayor comodidad en la lectura de este documento, y como parte del proceso de análisis que implica crear categorías disgregadas que permitan la manipulación de los conceptos, procedo a definirlos por separado.

El concepto de *género* es, básicamente, una referencia analítica a un proceso de construcción social de lo que compromete ser un hombre o una mujer. Es importante resaltar que es un proceso social y no un producto biológico; hace referencia a todas las diferencias entre hombres y mujeres que han sido construidas socialmente. Por ello, la diferencia con respecto al sexo es muy clara, en cuanto que éste es biológico (Moore, 1991; Castellanos, 1994a, 1994b; Proequidad, 1995; López, 1997; Sabaté et al, 1995).

Sin embargo, se habla del *sistema sexo-género* en cuanto a que es el sexo la primera y fundamental referencia que recibe un ser humano al momento de su nacimiento, y que lleva a que sea inscrito en determinadas pautas culturales que van a modificar el comportamiento de él/ella hacia las personas que le rodean y de éstos hacia él/ella de la misma forma (Proequidad, 1995). Aun así, no es el sexo el determinante de la totalidad de las diferencias entre hombres y mujeres, sino que estas están basadas en una diferenciación en cuanto a funciones, división del trabajo y relaciones de poder derivadas de las diferencias de género, o sea de la construcción social (Moore, 1991; Castellanos, 1994a, 1994b; Proequidad, 1995; López, 1997; Sabaté et al, 1995).

Este es un concepto que podríamos llamar novedoso⁸, no tanto por el poco tiempo de su “concepción” sino en tanto la

⁸ Los trabajos sobre mujer se presentan a partir de la década de los 70 y con una perspectiva de género desde el año de 1985, para el caso de la antropología colombiana (López 1997) y para el caso de las ciencias sociales en general, también podemos decir que la categoría género sólo ha hecho parte del bagaje de la investigación social en Colombia desde hace tres décadas (Castellanos 1994a, 1994b; López 1997).

poca acogida que ha tenido una real perspectiva de género en las investigaciones de las llamadas ciencias sociales. Esto podría deberse a que la mayoría de LOS investigadores ha negado la pertinencia de este concepto, ya que lo han caracterizado como feminista (y esto a su vez es caracterizado como un problema de “pobres mujeres insatisfechas”) y con movimientos, reivindicaciones y trabajos con homosexuales y lesbianas (lo cual se sigue situando en los espacios de la marginalidad). Sin embargo, LAS investigadoras que se han dedicado a este tema, continuamente dan muestras de la necesidad de ampliar los campos y trabajar con mayor profundidad en investigaciones con esta perspectiva, so pena de seguir invisibilizando y de esta forma seguir sosteniendo unas estructuras de poder y dominación que niegan la posibilidad de ser de muchas personas. Debo admitir que muy pocos hombres encuentran interesante, por no decir válida y aun menos importante, utilizar esta categoría analítica y que incluso muchas mujeres inscritas en el mundo académico no la tienen en cuenta para sus trabajos de investigación.

Habiendo aclarado la pertinencia de este concepto convengo en manifestar que junto a esta categoría hay otros dos elementos que le definen y sustentan: los *roles de género* y las *relaciones de género*. Es necesario tenerlos en cuenta, en la medida en que los *roles de género* nos permiten hacer visibles los patrones específicos de las mujeres en su relación con el entorno (movilidad, uso y percepción del espacio). Esto implica hacer explícita la división sexual del trabajo que generalmente asigna a las mujeres las tareas de la reproducción, constriñéndolas al cuidado del hogar y de los hijos, limitando de esa forma su participación en la esfera pública y que redundando en un carácter desigual de las relaciones de género que se establecen (Moore, 1991; Sabaté et al, 1995). Sigo aquí la conceptualización sobre roles de género propuesta por Foord y Gregson (1986), citados por Sabaté (et al, 1995:43): “La teoría de los roles de género examina concretamente las actividades y formas de comportamiento específicas que cons-

tituyen los roles sociales asignados a hombres y mujeres. Estos roles de género se manifiestan también en ciertas características masculinas y femeninas asumidas, como la pasividad de las mujeres y la agresividad de los hombres”.

Esta teoría de los roles se ha usado para explicar la concentración de las mujeres en determinados sectores de la actividad económica y sus dificultades al entrar en espacios o realizar actividades que se consideran masculinas. Ahora bien, esto se debe complementar con una mirada sobre lo que se llama *relaciones de género*, que implica ver cuáles son los procesos, prácticas o estructuras que propician la desigualdad entre sexos (Sabaté et al, 1995). Las relaciones de poder existentes entre hombres y mujeres se manifiestan en la mayor parte de ámbitos espaciales y sociales a través de la subordinación de las mujeres con respecto a los hombres, situación que presenta una gran diferencia tanto a escala regional como étnica.

Estas dos categorías que se derivan del concepto de género se ven a su vez marcadas por lo que se conoce como la división del trabajo según género, que implica una mirada sobre la diversidad de funciones que asumen las personas de acuerdo al género, esto es cómo se atribuyen determinados trabajos a los hombres y otros a las mujeres. Debo aclarar dos cosas: a) la división del trabajo según género es universal, pues existe en todas las culturas y regiones; b) la forma en que se realiza esta división ofrece grandes variaciones sociales y espaciales.

El segundo eje conceptual al que hago referencia es el *territorio*, relevante como categoría analítica sobre los movimientos sociales, especialmente en el caso del Pacífico, pues es en últimas la lucha por éste lo que concentra los esfuerzos de las organizaciones de base (por lo menos a escala rural), así esta lucha tenga caracteres identitarios que necesariamente van ligados al territorio. “Entendemos el territorio como el espacio apropiado por un grupo humano para su reproducción física, social y cultural. Son las montañas, las

plantas y los animales. Es el espacio nombrado, utilizado y recorrido. Es la forma de disposición de caseríos y viviendas, la tenencia de la tierra, la economía, las formas de trabajo, los calendarios de fiestas culturales y religiosas, las relaciones sociales, la autoridad y la cosmovisión. Todas estas acciones en el tiempo son historia y dejan huella en el espacio construyendo territorio” (Vargas, 1999a:17).

El espacio y el tiempo constituyen las dimensiones materiales, y por tanto inevitables, de la vida cotidiana; todo ocurre en un lugar y un momento concretos. El espacio y el tiempo influyen en la manera en que las personas construyen tanto sus biografías como sus actividades cotidianas. De esta forma podemos decir que existen diferencias según género en la forma en que se usan ambas dimensiones (Sabaté et al, 1995). El territorio es entendido como un espacio socialmente construido, en donde la territorialización de las actividades, de las relaciones, debe constituir un elemento fundamental durante toda investigación que se interese por el tema que tratamos. Reconocer la territorialidad es fundamental para entender el componente étnico cultural de un grupo humano.

En el territorio se inscriben las huellas de cada sociedad en el tiempo. Partimos, entonces, de la idea de que “toda sociedad crea una zonificación que concentra espacialmente interacciones sociales y prácticas sociales rutinizadas” (Wade, 1991, citado por Jimeno, 1994: 71). De esta manera la territorialidad, “... no es solamente una cuestión de apropiación de un espacio [...] sino también de pertenencia a un territorio, a través de un proceso de identificación y de representación –bien sea colectivo como individual– que muchas veces desconoce las fronteras políticas o administrativas clásicas” (Claval, 1996, citado por Goueset, 1988).

Siguiendo estos conceptos de territorio y territorialidad, “la identidad es social y culturalmente construida como un ‘producto de fuerzas históricas y geográficas específicas’ (Jackson

y Penrose, 1993: 1, citados por Oslender, 1999), y está sujeta a cambios en el tiempo y en el espacio, afirmando de esta manera su carácter inherentemente dinámico” (Oslender, 1999: 28). “El proceso dinámico de construcción de las identidades está constituido por varios factores y categorías, entre ellos raza, clase, género, y condiciones sociales, económicas y culturales que se articulan con formas geográficas e históricas específicas” (ibid, 30).

Con lo anterior, mi propósito es dejar abierta una posibilidad de trabajo que considero se debe llevar a cabo, puesto que nos brinda elementos que nos permitirán entender con una mayor claridad los procesos de los distintos actores sociales al interior de los movimientos sociales y así, conjuntamente investigadores y comunidades, buscar respuestas que permitan pensar este nuevo mundo cambiante y difícil.

LA SITUACIÓN DE LA MUJER DENTRO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES DEL PACÍFICO COLOMBIANO: UNA APROXIMACIÓN

Mi interés por la problemática de la participación REAL de las mujeres en las organizaciones populares fue acentuado por ciertas lecturas que hice hace algún tiempo, las cua-

⁹ En: Revista *En otras palabras..* Junio de 1997, Pp. 74-83, Grupo Mujer y Sociedad, Universidad Nacional de Colombia.

¹⁰ ACADESAN, es un proceso organizativo de comunidades de base, que se ha consolidado en el río San Juan desde 1989.

¹¹ Fundación La Minga, trabaja en este momento con lo que se ha denominado “cartografía social” y está cercana a los procesos de conformación de consejos comunitarios en los departamentos del Valle, Chocó y Cauca.

¹² La comunidad religiosa Misioneras de la Madre Laura lleva a cabo un proceso de acompañamiento y asesoramiento de diversas organizaciones comunitarias, dentro de comunidades afrocolombianas e indígenas, así como diversos procesos de organización en torno al desarrollo productivo dentro de estas comunidades especialmente con mujeres.

¹³ Debo agradecer a Helena por su invitación, la cual me permitió entrar por primera vez al río San Juan, así como el que haya compartido conmigo durante años su conocimiento sobre el Pacífico colombiano y otras regiones donde ha trabajado.

les me hicieron re-valorar lo que significaba mi condición de hombre en una sociedad como esta, además de mostrarme otras perspectivas dentro de las investigaciones. Entre dichos textos estaba el artículo de Juanita Barreto Gama, titulado “Develando algunos obstáculos para la participación de las mujeres”⁹, en el cual cita a la escritora mexicana Ángeles Mastretta. De estas dos autoras retomé dos elementos de problematización para mis futuros estudios: las relaciones de dominación entre géneros y la invisibilización histórica de las mujeres.

Durante la segunda mitad del mes de febrero de 1999, fui invitado a participar en un taller de etnoeducación dirigido a los profesores de la zona del medio río San Juan, convocado por ACADESAN (Asociación de Campesinos del río San Juan)¹⁰ y realizado con apoyo de la Fundación La Minga¹¹ y la comunidad de Madres Lauritas¹², que se realizaría en la población de Noanamá, lugar al cual asistí en compañía de la antropóloga Helena Andrade¹³ y Johanna Balthesen, geógrafa de la Universidad Tecnológica de Munich. En esta localidad tuve la oportunidad de conversar con las Hermanas Leonor y Odila quienes llevan varios años trabajando en esta zona con mujeres de las comunidades, al igual que con mis dos compañeras de viaje y personas de esta región.

Durante conversaciones que sostuve con la hermana Odila, ella me contaba que en su opinión la participación de las mujeres dentro de ACADESAN, se da por presión de las monjas, aunque esta “participación” no sea en los cargos directivos de la Junta, a no ser como secretarías o tesoreras. Al respecto la in-

¹⁴ Entrevistas con la Hermana Leonor, Guillermo Santamaría y Helena Andrade, estas dos últimas realizadas en el segundo semestre de 1999.

¹⁵ De esta mujer sólo rescaté su nombre: Marina.

¹⁶ En diferentes ocasiones he escuchado azoteas, aunque el profesor Jaime Arocha escribe “La *zotea* consiste en una canoa desechada, un cajón grande o unas ollas viejas que ella coloca cerca de la casa sobre una plataforma de palos y rellena con esa tierra que las hormigas dejan a la entrada de sus hormigueros” (Arocha 1999: 15).

¹⁷ Hermana Leonor.

formación que obtuve¹⁴ indica que en los años de funcionamiento de ACADESAN, sólo una mujer ha hecho parte de esta junta y fue recién constituida la asociación, en que se nombró a una mujer como Secretaria, pues los hombres pensaban que la Junta debería tener una¹⁵. Odila opina que desde su experiencia de trabajo con diversas comunidades, ella ha observado que la función que se les otorga a las mujeres en estos procesos siempre es de secretaria (La Hermana dice: “...desde fuera han escuchado que los jefes deben tener *SU secretaria*”) o de tesorera, cargo que se explica porque “*las mujeres no se beben la plata... los hombres se gastan la plata, y no les piden que la justifiquen porque contestan con un cuchillo o revólver en la mano, en cambio las mujeres sí tienen que pagar...*”

La Hermana Leonor, que es la encargada en Noanamá del trabajo con mujeres, me contó que está dedicada con un grupo de ellas al trabajo de siembras tradicionales, lo que se comenzó recuperando el cultivo en las azoteas¹⁶ con cebolla, albahaca (“...para darle sangre a los niños anémicos...”)¹⁷, citronella, morillo y otras plantas medicinales que están tratando de comercializar en supermercados de Buenaventura y Cali.

Esto ha permitido recuperar formas tradicionales de cultivar que están regidas por las fases de la luna, procesos que les han permitido recobrar cinco clases diferentes de albahaca de siete que nombran las mujeres mayores (“...la *potica* que se utiliza para baños, *sahumerios*, *riegos* y *bebida*... la *albahaca blanca* que se usa para los nervios y el corazón...”¹⁸), las cuales luego se trasplantan a cultivos en huertas. Este proceso de las huertas ha tenido como resultado el que las mujeres, como ya había mencionado, estén cultivando plantas aromáticas para su comercialización, así como también vinos con base en el borjón y el maíz. Esta elaboración cumple con

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

todos los requerimientos productivos y en 1998 se pasaron de las 1.000 botellas vendidas. Aunque la Hermana indicaba que era un proceso lento por la organización de las tareas: *“es que en esto se manejan secretos [para el proceso de los vinos] hay dos mujeres que conocen los secretos y sólo ellas los pueden saber”*.¹⁹ La Hermana Leonor señala que, aunque ella ha estado presente todo el tiempo, las mujeres de la comunidad se han ido “apersonando” del mismo y en este momento ella se limita a llevar la contabilidad, la cual también deja cada vez más en manos de ellas.

Sin embargo, debo anotar que fue en este momento en el cual salieron a relucir problemas con los hombres pues *“...a ellos no les gusta que sus mujeres anden organizándose ni vayan a reuniones, pues en ese entonces ellas habían hecho la huerta en la escuela y les pusieron la marranera, les soltaron los marranos en los cultivos y los animales destrozaron todo, y cuándo se les hizo el reclamo ellos dijeron que no era culpa de ellos sino que se les habían soltado los animales...”*²⁰ *“...es que dentro de las comunidades negras, en los trabajos comunitarios se tiene mucha envidia, y cuando los hombres vieron que las mujeres estaban teniendo huertas muy bonitas, pues les soltaron los marranos para que destrozaran todo, y era una manera de acabar con el trabajo de ellas, porque a ellos no les gusta que sus mujeres anden organizándose, y les dicen que para qué eso de reuniones, y hay muchas mujeres que han dejado de ir a las reuniones porque el marido les prohibió que fueran y ellas que estaban tan contentas con los resultados, con sus huertas tan bonitas... pero las mujeres decidieron seguir con la huerta porque se organizaron alrededor de ella, y entonces muchas se escapaban de la casa cuando el marido no estaba y se venían a ayudar...”*²¹

La Hermana Leonor cuenta que *“...la mujer de aquí es muy tímida, por el sometimiento, ha sido muy duro para que los hombres las dejen caminar, aun así, hay mujeres que los hombres no*

²¹ *Ibid.*

²² Ella se define a sí misma como Afrocolombiana.

las dejan venir, o por lo menos sólo a las reuniones...". En este momento de su narración la Hermana Leonor, así mismo como la Hermana Odila, nos preguntaron a Helena, a Johanna y a mí: *"¿ustedes saben que a nosotras nos sacan de aquí?"*, y nos relataron cómo el Obispo de Itsmina del cual dependen, desea que se vayan de la región pues su labor es evangelizar y según él no lo están haciendo: *"...es que primero están los procesos productivos, que la gente coma, que se puedan mantener, que puedan vivir, y luego sí pensemos en evangelizar, pero a nosotras qué nos importa venir a evangelizar, y que la gente esté casada o no si no tienen que comer, primero lo uno y luego ahí si veremos lo otro..."* En este sentido, ambas piensan que se debe iniciar un "acompañamiento" por parte de personas y entidades dispuestas a apoyar este proceso, lo cual implicaría asesorías en gestión, comercialización y talleres, teniendo como objetivo el fortalecimiento de la organización además de ayudar a crear un sentido de pertenencia.

Esta situación también ha sido descrita por Betty Rodríguez, en una larga entrevista que realicé en mayo de este año en la ciudad de Cali. Betty es una mujer afrocolombiana²² y es maestra de una escuela en esta ciudad. Ella hace referencia a que las mujeres, en las reuniones que cuentan con presencia de hombres, se sumen en silencios que consideran pertinentes porque "creen" que los hombres saben más, y en los casos en que no están de acuerdo con algo o piensan que tendrían algo que decir no lo hacen, en la medida en que las estructuras del sometimiento hacen que ellas consideren que *"los hombres tienen derecho a hablar y ellas deben quedarse calladas"*.²³ Ella misma recalca más adelante que los procesos no son posibles sin la mujer: *"Me agrada mucho lo de la participación y me agrada lo que es mujer negra porque los procesos, como todo lo de Occidente, siempre se da desde el macho, desde el hombre mismo, pero nunca se da en la dualidad hombre-mujer. Nunca se ha tenido la concepción esa de que, bueno, si hay un hombre entonces también hay una mujer allí aportándole a la*

²³ Entrevista con Betty Rodríguez, Cali, 24 de mayo de 1999.

situación. Y de hecho, sin ser arrogante, todas las cuestiones libertarias no se darían sin la mujer, es decir, nada en esta vida o nada en estas transformaciones sociales del negro se hayan dado sin la participación de la mujer. Uno lo ve claro, por ejemplo en el Pacífico, que la tendencia es siempre matriarcal, como desde lo familiar, desde lo muy doméstico”. Aunque agrega: “...pero una de las cosas, que quede claro, es que, en todo proceso mixto, negro o mestizo, las mujeres siempre son de segunda, son de trato de segunda, a no ser que la mujer que se destaque tenga un comportamiento varonil (...) pero todavía las estructuras verticales son muy jodidas de tumbar y los... esos eran más que nosotras y sobre todo en el sentido de que la mujer que ingresa a estos procesos con todas las ganas, como se debe, lo hace desde una mirada muy, muy pobre, ¿no?... pobre en el sentido.. no porque no piense, sino porque ella siempre es relegada, ella misma se relega, esa subvaloración, esa es una auto subvaloración, yo lo llamo a eso, ¿me entendés? Pero no es porque ella lo quiera, sino porque viene una educación así, son quinientos años encima de historia en este país, ¿me entendés?, entonces levantar la cabeza así, pues... las mujeres se acercan a ver qué puedo hacer, en qué puedo colaborar y como cosas así. Así se acercan las mujeres a los procesos organizativos. Decir que las mujeres se juntan para determinada cosa, siempre es para resolver algo doméstico. Una participación se hace así, siempre se hace para lo doméstico. Lo político se pierde...”

En una entrevista realizada a Pablo Monge en la ciudad de Cali²⁴, me relataba que las mujeres que ha conocido como

²⁴ Entrevista a Pablo Monge, Cali, 25 de mayo de 1999, grabación magnetofónica. Pablo, se ha dedicado durante varios años a trabajar y apoyar grupos de mujeres en la región del Pacífico colombiano sobre todo a través de la realización de videos que permiten mostrar su trabajo a ONGs que podrían apoyarlas económicamente, y que también rescatan sus experiencias de trabajo.

²⁵ Entrevista realizada a Rosita Solís en Buenaventura el día 4 de agosto de 1999. Rosita es la presidenta de la Fundación “Rosita Solís” que en este momento se encarga de asesorar procesos de creación de consejos comunitarios en diversas zonas ribereñas del Pacífico colombiano, con miras a la titulación de territorios colectivos de comunidades negras.

líderes de procesos organizativos femeninos en diversas zonas del Pacífico colombiano, son personas que se destacan por actitudes “duras”, varoniles, que tienen que demostrar “fuerza” para hacerse escuchar. En este sentido lo que me contó me impresionó mucho, y también lo escuché de boca de Betty Rodríguez, en la entrevista mencionada, e igual más adelante de parte de Rosita Solís²⁵. Desde una perspectiva de género, podría afirmar que las mujeres cuando ejercen cargos o puestos de dirección, muchas veces asumen las actitudes o los comportamientos que el patriarcado ha determinado como masculinos o como propios de los varones. También se puede ver la fuerza que en lo simbólico tiene la dicotomización de las características y atributos de las identidades masculinas y femeninas, de lo cual resulta que cuando una mujer se sale del parámetro tradicional es juzgada como “masculina”, es definida como un varón.

Por otra parte, muchas de las mujeres que participan en actividades como representantes de sus comunidades u organizaciones son personas que sufren procesos de ruptura de sus relaciones de pareja. Frente a una lectura desde esta sociedad patriarcal, en que estas mujeres estarían condenadas a la soledad, pues sus maridos las han abandonado siendo ellas quienes deben seguir solas con la manutención y educación de sus hijos, encontramos una realidad diferente en que una mujer no está “condenada” a la soledad por el hecho de no tener un compañero al lado, y que muchas veces son ellas las que deciden “dejarlos”; muchas de estas mujeres no quieren vivir con NINGÚN HOMBRE. Sin embargo, debo recordar comentarios de las monjas de Noanamá haciendo referencia a los hombres, quienes no estaban dispuestos a que *sus* mujeres participaran, por ejemplo, en la dirección de las juntas porque esto implicaba a

²⁶ En general, mis apreciaciones sobre la situación de la mujer al interior de las comunidades negras se ven restringidas al sector rural, y este por supuesto no es homogéneo, existe una variada situación dependiendo de la zona, pero no hay un conocimiento certero sobre el caso, en la medida que no hay muchos estudios sobre género y mujer en el Pacífico.

veces el desplazamiento de ellas a otras comunidades y no estaban dispuestos a asumirlo²⁶.

APROXIMACIONES CONCEPTUALES Y ANALÍTICAS

Utilizaré algunos puntos propuestos por Juanita Barreto en este trabajo para hacer un análisis introductorio de la situación y participación de las mujeres negras en estos procesos. Ella propone cinco obstáculos para la participación REAL de la mujer en los movimientos sociales:

- El Obstáculo Invisibilizante.
- El Obstáculo Dicotomizante. Dentro de éste, la autora nombra cuatro derivaciones: el obstáculo naturalizante, el privatizante, el racionalizante y el pasivizante.
- El Obstáculo Complementarista.
- El Obstáculo Maternizante.
- El Obstáculo Culpabilizante.

A continuación plantearé el primer obstáculo con ejemplos y percepciones propias y de mis interlocutores en el transcurso de este trabajo, mostrando cómo esto que plantea una mujer universitaria, profesora, académica, de un ámbito totalmente diferente a lo que encontramos en la región del Pacífico colombiano no sólo es perfectamente aplicable, sino que además es una

²⁷ Hago esta salvedad en cuanto he escuchado en repetidas ocasiones que lo que se vive en el Pacífico es algo totalmente diferente a nuestro medio y no se puede comparar nunca. Por supuesto, no trato de comparar sino, como explico a continuación, de utilizar una herramienta que me parece adecuada.

²⁸ Instituto Colombiano de la Reforma Agraria.

²⁹ Pongo entre comillas la palabra "titular", en la medida que el gobierno considera que "otorga" predios a una comunidad, cuando éstas han estado allí durante cientos de años, mucho antes de que el Estado colombiano siquiera existiera.

³⁰ Debemos tener en cuenta que las políticas de tierra en el país han estado dirigidas a los hombres en la medida que estos son reconocidos como Jefes de Familia. Esto, claro está, ha cambiado un poco en los últimos años, pero no por una valoración de la mujer sino por la ausencia de los hombres en las zonas rurales.

buena herramienta de análisis de la situación de otras mujeres a cientos de kilómetros y en condiciones totalmente diferentes de nuestra ciudad²⁷. Esto no implica que las condiciones generales de vida de ellas sean las mismas; aquí deberemos tener en cuenta que es una cultura diferente, con sus propias particularidades, pero creo que estas herramientas conceptuales que se elaboran aquí de alguna forma nos permiten acercarnos a esa realidad de allá.

El *obstáculo invisibilizante* plantea que la mujer no ha sido considerada en tanto “interlocutora válida del Estado”. Lo que yo he encontrado en el Pacífico, a través de mis charlas con diversas personas, tanto investigadoras/res como mujeres y hombres de las comunidades, es que esta invisibilización es REAL. Por ejemplo, Helena Andrade me contaba que uno de los problemas de la titulación de los resguardos indígenas en la zona del Pacífico, era que en algunas partes al llegar las personas encargadas por el INCORA²⁸ para levantar junto con las comunidades los mapas del territorio a “titular”,²⁹ han establecido diálogos sobre la zona únicamente con los hombres³⁰.

Pero esta invisibilización no sólo es la negación de la capacidad de trabajo de la mujer y de su importancia como sostén de la sociedad, sino que además es la violación de sus derechos civiles, en cuanto a que no basta que sean reconocidos “legalmente”, sino que deben ser asumidos por el Estado, sus funcionarios y funcionarias, las y los representantes de las comunidades y las comunidades mismas por supuesto, y dentro de éstas las mujeres deben conocer, apropiarse y ejercer sus derechos, así como valorar la importancia de sus aportes a la sociedad.

Antes de embarcarme hacia el San Juan, hablé con algunas personas que habían trabajado en esta zona³¹ y durante mi estadía allí con las Madres Lauritas en diversas oportuni-

³¹ Antes y después hablé con personas como Edgar Montenegro quien trabajó en años anteriores, también con Luz Marina Donato quien conocía la zona, William Villa y, por supuesto, Helena Andrade.

dades. Lo que todos me decían es: “en el San Juan nada se mueve sin las mujeres, ellas son las que organizan, las que se preocupan por la comunidad y la mantienen...” Y sin embargo yo pregunto: ¿dónde están? Cuando iba en la lancha de ACADESAN camino a Buenaventura, con los hombres de la Junta, que van a su reunión a esta ciudad, me preguntaba: “si en el San Juan nada se mueve sin las mujeres, ¿dónde están dentro de la Junta?” Todo se hace más claro al escuchar las historias de sometimiento, cuando vemos que los maridos no van a dejar que “su” mujer viaje a otros caseríos para discutir lo que le conviene a la comunidad; cuando encontramos que en las reuniones –como nos cuenta Betty Rodríguez– las mujeres se callan en presencia de los hombres, porque ellos “son los que saben”; y también podemos entender la ausencia en la medida en que el Estado ve como interlocutores “válidos” a los hombres y no a las mujeres.

Empezar a visibilizar la participación de las mujeres en el Pacífico, implica comprender cómo se estructuran las organizaciones de mujeres en la zona, y la influencia que las ONG y el Estado han ejercido en la construcción de escenarios de participación para las mujeres. Aquí habría que distinguir dos tipos de modelos de participación: uno en que las mujeres se organizan para gestionar su propio proceso, algunas veces económico, otras veces reivindicativo, con respecto a derechos de las mujeres, y otro que se da al interior de las organizaciones del movimiento social en general, sin que las mujeres se integren en grupos claramente diferenciados al interior de la organización. Entonces vemos que al inicio de esta década las organizaciones de mujeres o los encuentros de mujeres eran precarios, como también lo era la organización social a lo largo de todo el Pacífico.

Aquél era un momento de génesis de los que hoy se pueden diagnosticar o identificar como distintos grupos en los que se integra la población o se integran las mujeres. Ahí habría que ver un papel importante de instituciones como FES, la cual ha tenido en los últimos años un papel impor-

tante en la proyección de grandes programas de desarrollo como Plaidecop, en donde los distintos convenios con la cooperación técnica internacional le asignaban un papel en la gestión de esos procesos en que las mujeres debían tener mayor participación.

La FES a través del programa "Mujeres del Pacífico" busca promover iniciativas laborales de mujeres organizadas. Por ejemplo, apoyó en los noventa a la Cooperativa de Mujeres de Guapi en el desarrollo de proyectos artesanales, de panadería, costura, y en la implementación de un fondo rotatorio. Estos proyectos no buscaban únicamente resolver necesidades básicas, sino promover intereses estratégicos como la promoción de los derechos de las mujeres, la discusión de sus problemas y el fomento de asociaciones femeninas. Es a través de la FES y de programas como éste que las mujeres llegan a procesos de discusión y planificación en torno a la reflexión de sus problemas, la dinámica del Pacífico y el problema de la participación.

Esto alentó la constitución de la Red de Mujeres del Pacífico, a lo cual llegan también otros procesos: en un principio, el PNR, también con el apoyo de proyectos internacionales, favorece el desarrollo de ciertas iniciativas, especialmente en Buenaventura; ciertas ONG más hacia el norte también desarrollan tareas, por ejemplo, la Fundación Natura o la Fundación Inguedec en Coquí. Es muy diverso el tipo de asociaciones en las cuales las mujeres adquieren cierto protagonismo. En un extremo estarían las asociaciones que desarrollan tareas en función de proyectos económicamente viables, y en otro extremo estarían los grupos que reflexionan sobre el problema de la participación en otro nivel: la identidad femenina, la mujer en la familia, la mujer en la red del río y la mujer en la red organizativa.

La participación de la mujer en el Pacífico habría que contextualizarla en la dinámica cultural del lugar protagónico que ha tenido la mujer en la estructura familiar, en la medida en

que ella debe tomar determinaciones de distinta índole. Las mujeres eran el núcleo en el cual estaba centrada la supervivencia del grupo familiar; ella era la que se quedaba, ella permitía que la familia-comunidad siguiera funcionando, entre otras cosas por la alta movilidad que caracterizó a los hombres hasta períodos recientes. Esto se explica en función de la lógica extractiva: los hombres eran los que se desplazaban a zonas para extraer la madera, o salían de la cuenca en la zona alta hacia la costa para integrarse como corteros o como descortezadores y duraban largos períodos por fuera, o incluso salían a otros sitios urbanos a desarrollar ciertas tareas transitorias y luego retornaban. Esta división del trabajo y de los espacios entre hombres y mujeres, ha llevado a pensar que las mujeres del Pacífico no establecen unas relaciones de subordinación tan marcadas frente a las mujeres de otros contextos como el indígena o el sector campesino andino. Sería entonces relevante investigar la forma en que se establecen las relaciones de género y se distribuye el poder cuando el hombre se hace presente en el hogar.

En la medida en que la población se ha ido concentrando en ciertas zonas urbanas, y en que la movilidad ya no es solamente regional sino que es con relación a otras regiones del país, las mujeres también comienzan a desplazarse y lo hacen en función de oficios domésticos, generalmente a Cali o Medellín, lo que rompe ese modelo clásico. Pero esto no significa que la mujer deje de tener ese rol tan activo; la mujer es muy activa en la organización de las fiestas, en el abastecimiento de alimentos en el espacio doméstico, ir a pescar, ir a producir caña para sacar biche o para sacar panela. La mujer ha tenido un papel primordial, incluso en términos de la propiedad, de cómo se regula la propiedad de la tierra. Ejemplo de ello son los cultivos como el de caña que, a lo largo de todo el Pacífico, es una tarea femenina: las mujeres tienen sus cuartos de caña, se reúnen en su minga de mujeres para ir a recogerla, traerla hasta el trapiche, y hay todo un intercambio de mano o de trabajo entre ellas para poder asegurar esas tareas.

Vemos así que la cultura provee instrumentos de participación que se van a ver reflejados en el proceso organizativo. Pero este hecho no quiere decir que suceda igual en el dominio de la representación; la representación es de los hombres porque ellos, en la medida en que históricamente han tenido también esa movilidad, fueron los ejes o los núcleos que articularon la comunidad con los centros de poder. En ese sentido, el hombre es quien ha asumido el papel de la representación política; igual se ve en las organizaciones sociales, llámese Asia o llámese Acadesan, siempre son los hombres los que asumen el rol protagónico. Si uno fuera a hacer una estadística de los hombres y mujeres en papeles de representación, pues va a ver que de las zonas rurales siempre vienen los hombres. Las mujeres comienzan a asumir el rol de representación en este período, en la medida en que son mujeres intelectuales (ligadas ya a centros urbanos, que hicieron una carrera, se especializaron en algo y trabajan como funcionarias del Estado o, en su defecto, como representantes de la organización social en la concertación con el Estado) y, seccionalmente, habrá pocas mujeres no intelectuales en esos roles. Es, entonces, otro tipo de mujer que se ha moldeado más en el modelo de representación, del papel activo que debe tener la mujer, y que se origina en todo este discurso contemporáneo, especialmente cuando las ONG se tocan con las comunidades.

Hay un sinnúmero de espacios sociales en los cuales la mujer juega un papel muy activo. Si uno va a mirar en la organización de la fiesta el ejercicio de la música, por ejemplo, la clásica expresión musical con marcas africanas claramente identificadas como son el "alabao", como son las cantadoras hacia el sur, los coros de mujeres son fundamentales en este tipo de expresión musical. No es posible, por ejemplo, la fiesta de "El Santo Patrono" si no hay cantadoras, porque son ellas las que recrean el espacio ritual en las zonas aisladas donde todavía el encuentro se hace alrededor de este tipo de música, y se recurre a ese tipo de

expresión teatral para reunir al grupo, para reunir a la vereda, para reunir al núcleo de pobladores del sector del río. Pero igual las mujeres en la economía doméstica son fundamentales, porque en últimas ellas son las responsables de la seguridad alimentaria; así encontramos que redes de mujeres, hacen como un grupo solidario para asegurar la alimentación de todo el grupo de la parentela, de los niños y jóvenes, que están incluidos en ese ramaje o en esa familia extensa.

Aunque hoy en los centros urbanos tienden a generarse algunos cambios, sobre todo en la medida en que se ha estratificado la comunidad negra, su núcleo sigue siendo la familia. Realmente en el Pacífico por la independencia de la localización de las comunidades negras de los contextos referidos a ciertos centros de poder, este es un modelo que se podría decir “clásico”, tradicional, un modelo de referencia que podría definirse como “único” para toda la región, en el que se encuentra la misma estructura organizativa, el mismo tipo de relaciones al interior del núcleo familiar, las mismas adaptaciones en términos del modelo tecnológico con el cual se apropia el espacio; por supuesto, ello se da con variaciones según el paisaje, pero en términos de la tecnología es “universal”. Los cambios que ahí se advierten son los resultantes de lo que llaman algunos autores “la modernización del Pacífico”, que hace referencia a la creciente urbanización e integración a las redes institucionales, a la participación en los grandes programas estatales y en un discurso sobre el desarrollo que ha venido transformando el rol de las personas, además porque se han dado también reformas económicas en términos de una creciente estratificación social de la población negra.

En este sentido vemos cómo está cambiando el modo de representarse la vida familiar, la visión de bienestar, lo étnico, y cómo se producen distintas expresiones identitarias. Sin embargo, no es lo mismo la representación que se hacen los negros que están en el movimiento social y que dicen basar su identidad y constitución territorial en el uso del entorno selvático, y la constitución identitaria de un sector intelec-

tual medio que puede estar en Buenaventura o en Quibdó integrando papeles como profesores o funcionarios del Estado, donde la mirada está puesta más en la inserción, en el producto nacional. Esto moldea la vida en términos de cómo es que yo me autoafirmo, en cómo es que yo genero mi propio proyecto y cómo me integro en una red en la que participamos de lo mismo.

Debemos pensar, entonces, sobre la representación masculina. Más allá de observar el asunto de la alta movilidad espacial de los hombres de estas comunidades y lo que ello implica en el ambiente familiar, hay otros puntos a tener en cuenta sobre el hecho de que sea el hombre específicamente el *representante* en la mayoría de comunidades, como el papel que juega el Estado. Este está moldeado por hombres y para hombres, y ejemplo de ello es cuando algún programa de desarrollo va a hacer un diagnóstico para analizar la viabilidad de una propuesta: en el formulario hay siempre un ítem que es la “cabeza de hogar”, y la “cabeza de hogar” para los planificadores es el hombre; allí ya hay un sistema de promoción implícito en el que son los hombres a través de quienes el programa adquiere viabilidad y sobre los que se instituyen las formas de organización posteriores que se asumirán.

Así encontramos que los programas favorecen más el modelo de participación masculina. Sólo en la medida en que el discurso internacional comienza a cuestionarse el hecho de que en estos programas las mujeres están siendo sobreexplotadas, o los hombres son los que obtienen los recursos, o como muchas veces pasa, son las mujeres las que trabajan, pero los recursos que se obtienen no retornan a las mujeres, cuando se ve como necesario implementar alternativas donde la participación de la mujer sea evidente. Sin embargo, se cae en la trampa de que se requieren sólo organizaciones de mujeres, lo cual conduce también a una sin salida, porque no se está cambiando el fenómeno en términos estructurales, sino que se está polarizando el proceso,

creyendo que por esa vía se está reivindicando al grupo de mujeres.

Ahora bien, en muchas ocasiones la mujer es la cabeza de la familia; se recrea una dinámica donde la mujer adquiere un rol importante en términos de la reproducción del grupo, pero igual la complementariedad en el ejercicio de ciertas tareas es condicionada a la participación del hombre. Por ejemplo, en el trabajo con la caña las mujeres cosechan, limpian, siembran transforman, pero no hay mujeres que desmonten para una siembra, porque las mujeres que vayan con un hacha a hacer una tumba son excepcionales; encontramos, pues, una tarea ya definida que es para los hombres. En el caso de la molienda, como es una tarea tan arcaica, con maderos, y es tan duro, entonces se reserva para los hombres. La mujer no hace generalmente un desmonte para sembrar plátano, aunque puede cosechar el plátano y tener plátanos; el hombre se puede ausentar pero tiene que garantizar ciertas tareas para que el grupo se reproduzca, porque él no se puede ir sin dejar un espacio establecido donde la familia vaya a recoger los plátanos posteriormente o, bien, sin haber establecido determinados cultivos.

Entonces se tiende a veces a darle a ese rol protagónico de la mujer cierto énfasis de tal naturaleza que entonces nos lleva a pensar: ¿los hombres donde están? ¿Quiénes son? Los hombres están ahí y en muchos casos ese rol protagónico de la mujer parece también una estrategia de sobrevivencia. Casi se podría decir que se está condenada en esa estructura, por las condiciones tan adversas para sobrevivir, a regular los lazos entre hombre y mujer de tal modo que ello pueda garantizar el que realmente haya abastecimiento familiar, la movilidad de la familia en unos casos o del hombre en otros. No es una disposición cultural que está en el origen como una marca, sino es resultado de un proceso económico y un modelo de adaptación en el cual las relaciones sociales se organizan para garantizar la provisión de unos mínimos productos para vivir.

Habría que mirar cómo se estructura la familia en el Pacífico. Algo interesante en los primeros poblamientos del Pacífico en el siglo XVII y parte del XVIII, es que la mayoría de

población negra era masculina, debido a que la inversión en un negro era más alta para un esclavista y la inversión en una mujer representaba la reproducción de la esclavitud, y en las condiciones de labores en el Pacífico en cuanto a infraestructura social donde estaban los esclavos, las condiciones climáticas hacían que un esclavista no arriesgara mucho a una mujer en un período de parto porque había una alta probabilidad de que muriera la cría y entonces se estaba desvalorizando su inversión, porque esa era una oportunidad de reproducir el capital. Entonces los primeros asentamientos son de una gran mayoría de hombres. Aquí podríamos introducirnos en una historia del negro en Colombia, pero no es el objeto de este ensayo...

BIBLIOGRAFÍA

- Arocha, Jaime. 1998. "La inclusión de los Afrocolombianos ¿Meta inalcanzable?" En: Maya, A. (coord.). *Los Afrocolombianos*. Pp. 339-396. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
1999. *Ombligados de Ananse. Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Santafé de Bogotá: CES/Facultad de Ciencias Humanas/Universidad Nacional de Colombia.
- Andrade, H. y Santamaría, G. 1998-1999. Informes en el marco del proyecto *Fortalecimiento de Comunidades Negras en Tierrabomba - Cartagena- y los departamentos de Cauca y Chocó*. Proyecto financiado por la Comisión Europea y ejecutado por Fundación La Minga.
- Balthesen, J. 1999. *Exkursion mit der Fundación La Minga zu Comunidades Negras am Río San Juan im Chocó und Teilnahme an einem Seminar über Etnoeducación*. Informe de campo, presentado al Departamento de Geografía de la Universidad Tecnológica de Munich (manuscrito).
- Barreto G., Juanita. 1997. "Develando algunos obstáculos para la participación de las mujeres" en: Revista *En otras palabras...* Junio, pp. 74-83, Grupo Mujer y Sociedad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Camacho, J. 1997. "Mujeres negras y biodiversidad: importancia de las prácticas femeninas de cultivo en espacios domésticos en el Pacífico chocoano". En: *Informes antropológicos*. N° 9 (*Relaciones de género en los procesos de construcción social*). pp. 69-80. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- _____ 1999. "<<Todos tenemos derechos a su parte>>: derechos de herencia, acceso y control de bienes en comunidades negras de la costa Pacífica chocoana". En: Camacho, J. y Restrepo, E. *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, pp. 107-130. Santafé de Bogotá: Fundación Natura/ECOFONDO/ICAN.
- Castellanos, G. 1994^a. "Introducción. Género, discursos sociales y discursos científicos." En: *Discurso, Género y Mujer*, pp. 9-18. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- _____ 1994b. "Desarrollo del concepto de género en la teoría feminista". En: *Discurso, Género y Mujer*, pp. 19-48. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- DNP (Departamento Nacional de Planeación). 1983. "Plan de Desarrollo Integral para la Costa Pacífica (Plaidecop)". Santiago de Cali: DNP/CVC.
- _____ 1992. "Plan Pacífico". Santafé de Bogotá: DNP.
- ECOFONDO. 1995. *Prioridades Socioambientales del Departamento del Chocó*. Quibdó: Estudio elaborado por el Centro de Estudios Regionales del Pacífico CERPA, (manuscrito).
- Escobar, A. 1997. "Política Cultural y Biodiversidad: Estado, Capital y Movimientos Sociales en el Pacífico Colombiano." En: Uribe, M.V. y Restrepo, E. *Antropología en la modernidad: Identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, pp. 173-206. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología/COLCULTURA.
- Escobar, A. y Pedrosa, A. (eds.). 1996. *Pacífico: ¿Desarrollo o Diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Santafé de Bogotá: CEREC/ECOFONDO.

- Escobar, A., Alvarez, S. y Dagnino, E. 1998. "Introduction: The Cultural and the Political in Latin American Social Movements." En: Alvarez, S., Dagnino, E. y Escobar, A. *Cultures of Politics, Politics of Cultures*. pp. 1-32. Boulder: Westview Press.
- Escobar, A., Grueso, L. y Rosero C. 1998. "The Process of Black Community Organizing in the Southern Pacific Coast Region of Colombia." En: Alvarez, S., Dagnino, E. y Escobar, A. *Cultures of Politics, Politics of Cultures*. pp. 196-219. Boulder: Westview Press.
- Friedemann, N. 1984. "Estudios de Negros en la Antropología Colombiana: Presencia e Invisibilidad". En: Arocha, J. y Friedemann, N. (eds.). *Un Siglo de Investigación Social: Antropología en Colombia*. pp. 507-572. Bogotá: Etno.
- Friedemann, N. y Arocha, J. 1986. *De Sol a Sol: Génesis, Transformación y Presencia de los Negros en Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Friedemann, N. y Espinosa, M. 1993. "Colombia: La mujer negra en la familia y su conceptualización". En: Ulloa, A. (compilación). *Contribución africana a la cultura de las Américas*. pp. 95-111. Bogotá: ICAN/Biopacífico.
- Fundación La Minga y Cooperación de la Comisión Europea. s. f. *Ley 70 y otras reglamentaciones para comunidades negras*. Santiago de Cali: Fundación La Minga y Cooperación de la Comisión Europea..
- GEF-PNUD (Global Environment Facility - Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). 1993. "Proyecto Biopacífico". Santafé de Bogotá: DNP/Biopacífico.
- Goueset, V. 1988. "El territorio colombiano y sus márgenes. La difícil tarea de la construcción territorial". En: *Territorios*. Revista de Estudios Regionales y Urbanos. N° 1, pp. 77 - 94. Agosto de 1988 - Enero de 1999.
- Gutiérrez de Pineda, V. 1997. *La familia en Colombia. Trasfondo histórico*. Medellín: Ministerio de Cultura/Editorial Universidad de Antioquia.

- Jimeno, M. 1994. "Región, Nación y Diversidad Cultural en Colombia". En: *Territorios, regiones, sociedades*. pp. 65 - 78. Bogotá: Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle / CEREC.
- López, M. P. 1997. "Antropología y género en Colombia". En: *Informes antropológicos*. N° 9 (*Relaciones de género en los procesos de construcción social*). pp. 11-40. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Lozano, B. R. 1996. "Mujer y Desarrollo". En: Escobar, A. y Pedrosa, A. (eds.), *Pacífico: ¿Desarrollo o Diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. pp. 176-204. Santafé de Bogotá: CEREC/ECOFONDO.
- Ministerio del Medio Ambiente/UAESPNN. 1996. *Proyecto de manejo Integral de los Parques Nacionales Naturales del Chocó Biogeográfico*. Estudio presentado al Ministerio del Medio Ambiente por la Unidad Administrativa Especial de Parques Nacionales Naturales. Santafé de Bogotá (manuscrito).
- Misioneras de la Madre Laura. 1998. *Entre los débiles y pequeños el triunfo reservado a la mujer*. Medellín.
- Montenegro, L. 1999. *Diario de campo en el San Juan*. Febrero (manuscrito).
- Moore, H. 1991. *Antropología y feminismo*. Cátedra, Madrid.
- Motta, N. 1994. "Mujer y familia en la estructura social del litoral del Pacífico". En: Castellanos, G., Accorsi, S. y Velasco, G. (compiladoras) *Discurso, Género y Mujer*. pp. 197-216. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
- ORSTOM, Universidad del Valle. 1997. Documentos Seminario Internacional sobre "Identidades y Movilidades en el Pacífico Colombiano". Centro Cultural de Cali. Diciembre.
- Oslender, U. 1998. "Espacio e identidad en el Pacífico colombiano: Perspectivas desde la costa caucana." En: *Cuadernos de Geografía - Revista del departamento de Geografía*. pp. 251-290. Vol. VII, N° 1-2. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

- _____ 1999. "Espacio e identidad en el Pacífico Colombiano". En: Camacho, J. y Restrepo, E. *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. pp. 25-48. Santafé de Bogotá: Fundación Natura/ECOFONDO/ICAN.
- Pardo, M. 1997. "Movimientos Sociales y Actores No Gubernamentales". En: Uribe, M.V. y Restrepo, E. *Antropología en la modernidad: Identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*. pp. 207-252. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología/ COLCULTURA.
- Perea, B. 1986. "La familia Afrocolombiana del Pacífico". En: Cifuentes, A. (compilador). *La participación del negro en la formación de las sociedades latinoamericanas*. pp. 117-130. Bogotá: Colcultura/ICAN.
- PROEQUIDAD.(DNP/Presidencia de la República/GTZ). 1995 *Herramientas para construir equidad entre mujeres y hombres (Manual de capacitación)*. PROEQUIDAD, Santafé de Bogotá.
- Restrepo, E. 1998. "La construcción de la Etnicidad. Comunidades negras en Colombia". En: Sotomayor, M. L. (ed.), *Modernidad, Identidad y Desarrollo*. pp. 341-359. Santafé de Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología/COLCIENCIAS.
- _____ 1999. "Territorios e identidades híbridas". En: Camacho, J. y Restrepo, E. *De Montes, Ríos y Ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. pp. 221-244. Santafé de Bogotá: Fundación Natura/ECOFONDO/ICAN.
- Rojas, J. 1996. "Las mujeres en movimiento: crónicas de otras miradas". En: Escobar, A. y Pedrosa, A. (eds.), *Pacífico: ¿Desarrollo o Diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. pp. 205-219. Santafé de Bogotá: CEREC/ECOFONDO.
- Sabaté, A., Rodríguez, J. y Díaz, M. A. 1995. *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Sánchez, E., Roldán, R. y Sánchez, M. F. 1993. *Derechos e Identidad. Los pueblos indígenas y negros en la constitución política de Colombia de 1991*. Santafé de Bogotá: Disloque Editores.
- Ulloa, A. Rubio, H. y Campos, C. 1996. *Trua Wandra. Estrategias para el manejo de fauna con comunidades embera en el Parque Nacional Utría, chocó, Colombia*. Santafé de Bogotá: OREWA3 Natura/Ministerio del Medio Ambiente/OEI.